

# MEDELLÍN

# DESPIERTA

Patricia Nieto





Fotografías: Emanuele Caporrella

**P**or el vértice que forman las palmas de dos manos que se juntan, corre un río ocre. Sus aguas viajan disciplinadas por el corsé que les fabricaron; y sobre el lomo de las montañas inhala-exhala una metrópoli de diez municipios donde viven 3.5 millones de habitantes.

Al cruzar por el medio de su valle el río ordena el territorio de Medellín, la ciudad que sirve de centro al Valle de Aburrá, como lo llamaron los españoles. Al sur, al norte, al oriente y al occidente de la columna vertebral que es la corriente de agua, 249 barrios se agrupan en 16 comunas y éstas en 6 zonas. Parece que así se administra mejor a una muchacha indómita que se va haciendo adulta a fuego lento.

La contemplo esta mañana después de la lluvia. Se lavó la cara y, aunque el cielo sigue gris, se le ven los contornos de sus montañas como recortados al bisturí.

En breve se apagarán las bombillas, lo que ahora es rojizo será plena luz, y lo que parece

un murmullo se convertirá en la voz de una fiera dotada con los motores de 194 mil 500 vehículos. Los pasos de los madrugadores completarán la melodía urbana, y los trajes que semidesnudan a las chicas llenarán de exuberancia este amanecer.

Si tengo suerte veré pasar las parejas de guacamayas iridiscentes que se posan lo mismo en ceibas, guayacanes, gualandayes y acacias que en cornisas, cúpulas y torres, y que son la señal de que aquí la lucha por la vida no distingue especie.

Hace sólo veinte años ésta era la ciudad más violenta del mundo. Las cifras de homicidios ascendieron como si fueran mercurio indicando los grados de fiebre palúdica. En 1991 fueron 6 mil 658 los asesinatos, y la tasa de homicidios fue de 444 por cada 100 mil habitantes; en efecto, la más alta de las conocidas.

Al preguntarse por qué, los ciudadanos señalaron la incapacidad institucional para cerrar la brecha social aprovechada por guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes y delincuentes de diversa índole para penetrar en las barria-

das que crecieron a la media noche —después de que La Violencia despobló los campos— mientras que la Medellín del parque de Berrío —pronta a la generación de capital— fundaba fábricas, construía edificios y extendía sus redes de comercio.

A pesar del miedo, Medellín rompió el silencio. Y fue tanta la habladuría, que en el tránsito de los ochenta a los noventa aquí era Babel: se exponía, se debatía; se controvertía no para llegar al cielo, se hablaba para salir del infierno. De aquel barullo, quién iba a pensarlo, salieron los hilos para levantar la nueva ciudad que todavía se balancea, perpleja, ansiosa.

A Medellín no le es posible detener la marcha que empezó hace veinte años cuando los colombianos estrenaron una Constitución Política que amplió el espectro de participación y les otorgó el poder de elegir a los mandatarios locales, cuando los gobernantes de hoy eran aquellos jóvenes que atestaban auditorios para pensar en voz alta qué pasaba en Medellín.

Ya entonces Alonso Salazar, hoy alcalde, respondía en un seminario realizado en 1990: Después de diez años de haberse dado la alerta general sobre el fenómeno del sicariato [...] el Estado no ha realizado ningún programa de intervención para enfrentarlo. Ahí reside la imponentia de esta violencia, y nuestra impotencia: la sociedad está paralizada y no ha procurado el desarrollo de programas preventivos sobre las zonas conflictivas.

Por las venas de la que veo despertar corre adrenalina en altas dosis. Ya el rugido de los motores se oye débil al paso de las ambulancias. Las sirenas siempre asustan, pero en este amanecer quiero pensar que no son monotemáticas; también anuncian que una vida nueva llega o que otra será salvada.

Por pensar así, en contravía de la oscuridad, será que de los 2.3 millones de medellinenses emana una energía que abrumba a los seres del otoño como yo. Los veo asar arepas a las cuatro de la mañana, pedalear sobre el pavimento húmedo rumbo a sus empleos, desfilar por las avenidas recién bañados y perfumados, ganándole en madrugada al sol; los escucho tararear un tango,

narrar los goles en contra del DIM, comentar el crimen de ayer, criticar a su imperfecta ciudad; los percibo alerta, lejos de la derrota, seguros de que dan semilla, convencidos de que son savia para la flor.

Hay un chocante optimismo aquí. Cada uno de los que ahora va en bus, en metro, en cable, en motocicleta (hay 26.300 de éstas) es publicista de Medellín.

En estos días se habla del puente de la 4 sur que tendrá 560 metros de longitud, ocho carriles, 40.5 metros de ancho y unirá el suroccidente con el suroriente: monumental, como se le dice aquí a todo lo que sorprende. Este puente es mucho más que 71 mil 463 millones de pesos que la ciudad gastará en él; es la conexión de dos fragmentos de la Medellín del Sur separados no sólo por el río, sino también por la iniquidad.

Con la misma efusividad se describían hace meses los doce colegios de calidad construidos en zonas vulnerables para educar a 400 mil niños, los cinco parques biblioteca —al finalizar el año 2011 serán nueve— que se han convertido en centros culturales y referentes urbanos (alguno de ellos parece un meteorito depositado sobre la ladera Oriental), las 13 mil viviendas edificadas con dineros públicos y entregadas a familias pobres en los últimos cuatro años y el programa Buen Comienzo que cuida a 8 mil madres gestantes desde la concepción y a 85 mil niños desde los 0 hasta los 6 años.

Me gusta decir que en Medellín hay quienes se preocupan por los niños. Concejales, funcionarios, académicos y empresarios saben que deben invertir en el 73.8 % de los menores de seis años de Medellín, los mismos que crecen en ambientes vulnerables.

Por eso habrá futuro, pese a que el negocio de las drogas y del crimen se reinventa y trata de extender su control en todo el Valle de Aburrá. Los capos ya no usan sus nombres y apellidos, sino alias monocordes con los que se hacen conocer en las barriadas. Los gobernantes locales los enfrentan con valor e inteligencia, aunque saben que ellos son la cola de un lagarto que bebe en todas las fuentes de la sociedad colombiana. Los violentos no son cosa del pasado y hoy la ciudad los puede mirar de frente.

A este tazón alargado, al que le corre un río por su vientre, me gusta mirarlo cuando amanece. Como aquí todo es nuevo —nada permanece de modo que pueda llamarse histórico— es placentero observar.

Vale trepar a las terrazas, subir a los miradores naturales, salir al balcón (son miles), abrir la ventana y reparar cómo cambia esta ciudad: ayer casas con jardines, hoy torres de 30 pisos; ayer laderas verdes, hoy sembradas con casas de ladrillo; ayer chimeneas humeantes, hoy un árbol para cada cinco habitantes; ayer miedo y silencio, hoy casa para la memoria; ayer un nombre en el mapa, hoy sede de eventos mundiales; ayer desierto, hoy fiesta de los libros; ayer la cuna de un capo, hoy el escenario de

una sociedad que no esconde su pasado ni su presente en vanas propagandas porque se sabe más fuerte, menos indiferente. ■

---

*Patricia Nieto* (Colombia)

Periodista. Profesora de la Universidad de Antioquia. Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Candidata a Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. En el año 2006 inauguró la serie de talleres de escritura *De su puño y letra*, con víctimas del conflicto armado en Medellín. Resultado de ese trabajo, financiado por el Programa de atención a víctimas de la Alcaldía de Medellín y la Universidad de Antioquia, son los libros *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007) y *Donde pisé aún crece la hierba* (2010). Es autora del libro *Llanto en el paraíso* (2008), galardonado con el Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia.

